

## EL MOVIMIENTO OBRERO SINDICAL DE 1973



Según distintas fuentes podemos afirmar que, en 1970, al iniciarse el sexenio de Luis Echeverría, el total de obreros en México se acercaba a la cifra de un millón 900 mil, de los que solo un millón 300 mil eran trabajadores industriales. En cuanto a su distribución, los cinco grupos con mayor peso en el empleo es manufactura de productos alimenticios, fabricación de textiles, fabricación de calzado y prendas de vestir, fabricación de productos metálicos y, por último, fabricación de sustancias y productos químicos. Estos cinco grupos, en conjunto, emplean el **52% de los obreros** ocupados en la industria.

Si atendemos a una clasificación más detallada que la de grupo, la de rama industrial, puede señalarse que las 10 principales, que emplean poco más del 25% del total de obreros ocupados, son las siguientes: petróleo (con 46,885 obreros), confección de ropa exterior, excepto camisas (39,755), elaboración de refrescos y aguas gaseosas (35,253), fabricación de azúcar y otros productos de ingenios (32,174), industria eléctrica (31,226), fabricación de pan y pasteles (30,937), hilado, tejido y acabado de algodón (29,142), materiales de plástico (27,486), fabricación de calzado (27,088), imprenta, litografía y encuadernación (25,058).

Por lo que se refiere al empleo a nivel regional, las ocho entidades con mayor número de obreros ocupados son el Distrito Federal, el Estado de México, Nuevo León, Jalisco, Veracruz, Puebla, Guanajuato y Coahuila.

Desgraciadamente, los datos publicados por el Censo Industrial de 1970 no se desglosan en obreros y empleados, por lo que se ha tenido que recurrir al total del personal remunerado. Hay que recordar, entonces, que el total de obreros empleados en las manufacturas es de 1.181,793, los que representan un 79.35% del total de personal remunerado.

Durante el sexenio echeverrista puede observarse un notable auge del movimiento huelguístico. En 1973, como respuesta al surgimiento de la inflación galopante, las centrales charras organizaron 4,387 emplazamientos. Además de estos, se realizaron en el mismo año otros 6,190 emplazamientos que probablemente siguieron el ejemplo de los charros, pero no fueron parte de las escaramuzas con los capitalistas para los aumentos salariales realizadas en 1973. Después de eliminar esta situación anómala, el aumento de los emplazamientos es constante. Solo en las ramas de jurisdicción federal, la tasa de incremento fue en el periodo 71-72 de 14%, en 72-73 de 26% y en el de 74-75 (comparado con 72-73) de 16%.

Las huelgas, aunque a considerable distancia del número de emplazamientos, también presentan un aumento en el sexenio. Con los datos disponibles sobre industrias de jurisdicción federal puede calcularse que el total de huelgas en el país fue de alrededor de 300 en el periodo 1972-73, de 2,000 en el periodo 73-74 y de 600 en 74-75. Es probable que la predicción resultara elevada para el periodo 73-74, aunque esta vez no por la actividad de los charros, quienes únicamente estallan cuatro huelgas, sino por 358 de la industria textil y 36 de la industria hulera que se originan en la revisión de los contratos colectivos. De hecho, la actividad huelguística coincide con la inflación y la insurgencia obrera se presenta a partir de 1973.

En el sexenio echeverrista el principal rasgo del movimiento obrero fue la espontaneidad.

En diversas partes de la República, en casi todas las ramas industriales, los obreros protestaron por las condiciones de explotación. Este periodo, aunque significó numerosos fracasos, tiene la enorme riqueza de abrir cauce a la creatividad política de las masas. Las tácticas de lucha mostraron una gran diversidad y los obreros aprendieron los principios de la movilización.

Las dos demandas fundamentales fueron por **aumento del salario** y por la **democratización de los sindicatos**. En esta lucha los primeros enemigos fueron los líderes charros, y así surgió la tercera demanda cuya finalidad fue combatir el charrismo. Junto a estas reivindicaciones, los trabajadores también pelearon por la seguridad en el empleo, por mejores condiciones de trabajo, por participar en la asignación de cargas de trabajo, por el reconocimiento de sus organizaciones, etcétera.

También en el sexenio echeverrista numerosos trabajadores de los sectores medios cobraron conciencia de su situación de asalariados y emprendieron la lucha por la conquista de organizaciones gremiales y contratos colectivos.

La clase obrera, a lo largo del sexenio, tuvo como aliado al movimiento campesino que estalló en todo el país. También a las colonias populares que consiguen grandes adelantos en organización, aunque ambos sectores, por su debilidad, son golpeados constantemente por la represión.

A nivel político podría afirmarse que el principal problema del movimiento obrero es la dispersión y el fácil aislamiento de las luchas parciales. Pero este hecho, que fue clarificado por toda la izquierda, no ha tenido solución en las distintas opciones que se han presentado a la clase obrera.

Una de estas opciones, el **Movimiento Sindical Revolucionario**, planteado por los electricistas, perdió vigencia a los pocos años de haberla impulsado. Aunque la propuesta de formar sindicatos industriales es correcta en el terreno sindical, deja de lado la organización propiamente política del movimiento obrero.

El principal problema de los electricistas es su caracterización errónea del enemigo, es decir, del Estado mexicano. Y este planteamiento, que es ideológico en principio, se convierte en graves errores en la práctica que llevaron a los electricistas a declarar la disolución de la Tendencia Democrática.

Cuando la ofensiva de los charros estaba utilizando todo su poder, la Tendencia Democrática seguía confiando en la intervención del Estado como una tercera fuerza capaz de conciliar los intereses de las dos organizaciones en pugna. Así, en la misma manifestación que aglutinó la mayor solidaridad en la historia del movimiento electricista, los líderes de la TD convocaron al Estado a solucionar el conflicto. El diagnóstico de la dirección democrática siguió distinguiendo entre el ala derecha y el ala nacionalista del gobierno, sin considerar, grave olvido, que los charros son precisamente el organismo del Estado dedicado a controlar a los obreros. La principal arma de la burguesía, y por lo tanto del Estado que la representa, es precisamente el charrismo sindical. El Estado, dado que contempla los intereses históricos y no los inmediatos de la clase burguesa, puede ejercer en determinados momentos ciertas funciones conciliadoras. Esta afirmación no significa que el Estado esté dispuesto a sacrificar su principal arma de control. Cuando el charrismo está en peligro el Estado abandona sus tácticas conciliadoras y acude en defensa de su principal arma de combate. Fue el ejército, no simplemente golpadores, el que impidió la huelga de la Tendencia Democrática; es decir, fue el **organismo armado del Estado** quien ejerció la represión.

Los dirigentes de la Tendencia Democrática mantuvieron una exagerada confianza en el posible aprovechamiento de las diferencias entre las fracciones del Estado mexicano. Así, lo que en un principio aparece únicamente como un erróneo planteamiento ideológico, se convirtió, en la praxis, en graves errores tácticos que terminaron en una derrota para el movimiento obrero, sobre todo, al considerar que la Tendencia llevó la vanguardia de la clase obrera durante el sexenio echeverrista. Naturalmente, también las derrotas enseñan y los trabajadores electricistas están obligados a asimilar esta experiencia y a reconstruir su organización.

A su favor tienen una gran combatividad de los trabajadores de base, una amplia experiencia en la organización de movilizaciones y la solidaridad, manifestada reiteradamente, de la propia clase y sus aliados.

El Movimiento Sindical Ferrocarrilero también fue una organización de vanguardia, sobre todo en los primeros años del sexenio echeverrista. Con una larga tradición de lucha, pero también con una fuerte derrota en el pasado, los ferrocarrileros intentaron una reorganización de su movimiento. Problemática, sin embargo, resulta su situación, pues integrar la experiencia de los viejos trabajadores con los nuevos planteamientos de algunas secciones en las que participan trabajadores jóvenes no es una tarea fácil. La propia dinámica del movimiento ferrocarrilero, su pasado histórico, no sus líderes, origina una tendencia al caudillismo que es necesario evitar. Pero, justamente porque esta tendencia no se origina tanto en la actitud personal de Vallejo o de Campa, sino en el pasado del movimiento ferrocarrilero, exige una política candente que contrarreste esta tendencia.

Al principio del sexenio las tácticas del MSF adolecieron de un error que, quizá, podría describirse como contrario al de la Tendencia Democrática de los electricistas; los ferrocarrileros iniciaron un combate frontal con los charros y, en última instancia, con el Estado. La toma de locales del sindicato exigió un gran sacrificio de los trabajadores y la represión consecuente diezmó su combatividad. Resulta evidente la necesidad de un mayor trabajo de base que logre alcanzar permanencia y que no dependa de las giras de los líderes. En lo que se refiere a sus posibilidades como vanguardia del movimiento obrero, adolece de planteamientos claramente sectoriales que difícilmente pueden encabezar la organización general de la clase.

El Frente Auténtico del Trabajo, la tercera organización en importancia durante el sexenio echeverrista dirigió algunas de las luchas más notables del periodo: la insurgencia sindical de Morelos, varias huelgas del corredor de Naucalpan, la de CINSA-CIFUNSA, la de Spicer, etcétera.

Además de los planteamientos ideológicos de la democracia cristiana que tan malos frutos ha dado en América Latina, el FAT, en México, ha privilegiado la lucha en pequeños sindicatos independientes, vale decir ha peleado por la creación de sindicatos democráticos a nivel de empresa. Más que intentar una aglutinación por ramas ha buscado las tareas de formación obrera en cada uno de los sindicatos, pero manteniendo la autonomía de las organizaciones. Aunque aglutina la solidaridad entre los sindicatos en que cuenta con influencia no se ha planteado organizaciones que vayan más allá de los sindicatos autónomos. Ha intentado, también, y esta es una de sus fallas más graves, formar sindicatos paralelos en aquellas empresas en que hay una fuerte influencia de organizaciones del charrismo. Eficaz en la organización interna de sus movilizaciones - guardias, volanteo, boteo, comités de esposas de trabajadores, escuelas sindicales, etcétera, ha errado en la caracterización del enemigo inmediato. El ejemplo más claro, que llevó a una de las derrotas más fuertes del sexenio, fue la lucha de los trabajadores de Spicer, quienes confiaron hasta el final en la debilidad de Gómez Sada, uno de los charros con mayor influencia del país.

En cuanto a los partidos, el Comunista Mexicano ha seguido careciendo de influencia realmente fuerte en el movimiento obrero. Su participación se ha centrado en el sindicalismo universitario. Ahí, es un hecho que las primeras luchas consiguieron avances importantes; sin embargo, la aceptación de las reglas del juego de la Reforma Política ha conducido al Partido Comunista a un retroceso en la lucha universitaria. Una política en exceso sutil ha originado la caracterización de las fracciones burguesas, pero ha olvidado el quizá viejo, burdo, pero utilísimo concepto marxista de reconocer al Estado como la organización del poder de la burguesía. Los teóricos del PCM no desconocen este hecho, pero un asunto es conocerlo y otro aplicarlo en la práctica. En la dirección de la huelga de 1977 del STUNAM el principal error táctico fue olvidar este descubrimiento elemental del marxismo y confiar en el aprovechamiento de una pugna interburguesa entre la camarilla de Rectoría y los jefes de Gobernación.

El Partido Mexicano de los Trabajadores ha realizado una extensa labor a través de todo el país. Sin embargo, no ha logrado integrar el trabajo propiamente partidario con el trabajo al interior de la clase obrera. Su influencia sigue siendo limitada entre los trabajadores, pues ha privilegiado la agitación electoral sobre la que podría desarrollarse en los sindicatos.

Finalmente, el tipo de organización que ha conseguido algunos éxitos a nivel local es el frente popular. Tanto en Chihuahua el Comité de Defensa Popular-, como en Oaxaca la COCEO y la COCEI, o en Zacatecas el Frente Popular de Zacatecas- han conseguido al menos proporcionar cobertura y solidaridad a algunos movimientos obreros. Sin embargo, este tipo de organización se enfrenta al desgaste como principal problema. La movilización constante, las cooperaciones económicas, los militantes en actividades febriles originan un cansancio que es difícil evitar en los frentes populares. Tal ha sido el resultado en el Frente Nacional de Acción Popular que no ha logrado organizar mínimamente al movimiento obrero.

En el nivel ideológico, la burguesía ha conseguido afirmar su poder a través de instituir la ideología dominante en el interior de la misma clase obrera. Aislados de su complejidad, despojados de su desarrollo, algunos de los elementos simples de esta ideología dominante consisten en la creencia incuestionada de que existen salarios justos e injustos. Los trabajadores mexicanos se han mostrado dispuestos a discutir el monto de un salario; no se han planteado, en cambio, el debate del salario como una relación social.

Otro elemento de la ideología dominante en México es la creencia generalizada en el Estado como una tercera fuerza para dirimir los conflictos entre la burguesía y los obreros.

Estos no acuden al Estado simplemente como la instancia en que se resuelven los enfrentamientos de clase, sino como un juez imparcial que resolverá conforme a derecho. De este elemento se desprende un segundo que ha ocasionado fuertes derrotas entre los trabajadores: la confianza en el triunfo para quien demuestre la razón y no la fuerza.

En la lucha de clases las victorias y las derrotas se asignan según la fuerza política de los contendientes; sin embargo, los trabajadores mexicanos confían en que basta tener la razón, pelear por una causa justa, para obtener el triunfo.

Otro elemento, de larga tradición en la historia de la clase obrera mexicana, es la separación entre el sindicalismo y la política. Originada en la ideología de las asociaciones mutualistas y en la influencia del anarcosindicalismo, persiste hasta nuestros días la convicción de que la política debe excluirse de los sindicatos. Difícil de entender es la supervivencia de este elemento de la ideología dominante, cuando los movimientos en nuestro país adquieren rápidamente un carácter político que se deriva del tipo de control del movimiento obrero. El charrismo el control de los trabajadores por medio de organismos adscritos al partido oficial determina que toda lucha obrera enfrente como primeras tareas la democratización y la independencia del control charro; así, la cercanía con el Estado de las organizaciones de control obrero suscita la rápida politización de los movimientos. Los trabajadores, sin embargo, continúan afirmando la necesidad de que la política no intervenga en la vida de los sindicatos.

Derivada de esta última idea es la creencia de que la represión se origina únicamente en la buena o mala voluntad de los gobernantes. En realidad, la represión se relaciona con dos tipos de determinaciones. Por una parte, se ejerce cuando el movimiento clasista no puede aplacarse con una solución negociada. Además, se presenta en los momentos de debilidad de las movilizaciones. La burguesía y su Estado realizan primero una ofensiva política y después de que logran triunfos, así sean parciales, en el terreno político desatan la represión.

**Referencia:**

Galindo, Magdalena. (1977) El movimiento obrero en el sexenio echeverrista. Revista Investigación Económica vol. 36. Biblioteca UNAM. Recuperado de: <https://biblat.unam.mx/hevila/Investigacioneconomica/1977/vol36/no4/6.pdf>